

PERIÓDICO ESPECIAL.

PERIÓDICO ESPECIAL.

Se publica cuatro veces al mes.—Precios de suscripcion: En Búrgos, real y medio; en provincias, dos reales, pago adelantado. Números sueltos diez cénts.—Habana y extranjero una peseta.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Imprenta de la Sra. viuda de Villanueva, Plaza Mayor 2, y en la Lotería del Sr. Hernando, paseo del Espolon. Anuncios y preguntas á precios económicos.

Octubre 12.

REDACCION Y ADMINISTRACION; LAIN-CALVO 20, 2.º

Núm. 31.

EL INGENIOSO HIDALGO

D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

TERCERA PARTE

escrita por El Bachiller Avellanado.

CAPITULO II.

En que se refiere la profunda aventura del venerable Atapuerca, que es una de las mas intrincadas de esta memorable historia.

Yo el Bachiller Avellanado, aun no bien repuesto de mi asombro, deseo y anhelante de palpar la realidad de tanta maravilla, saliéndome de un seto de rosales, que me habia servido de escondrijo, me acerqué modestamente al señor D. Quijote y le dije:

—Perdonarme ha su señoría El de la Mancha, pero desde mi arriesgada venida á este aún no averiguado país, crea el caballero andante que no alcanzo ni á tiro de cañon aquella probabilidad, no digo convencimiento, que es menester para certificar un tantico este suceso presente, apesar de que parece que él acontece, sucede y pasa. Bien barrunto que vos debeis ser El de la Triste Figura porque hablar os oí; ni creo que con otro alguno podais ser comparado ni confundido; pero, con todo eso, dado que sois tan bravo como complaciente, os ruego me digais en descargo de conciencia si verdaderamente sois vivo todavia, apesar de vuestra antigua muerte llorada por el orbe, y si ejercéis y ejercitais con regularidad todas aquellas funciones que las gentes de la tierra gastan y usan, y si van todas ellas con el compás y la regularidad que las corresponde.

Escéptico y curioso en demasía os venis por estas tierras, señor Caballero, dijo Don Quijote; mas, sin mengua alguna de mi profesion puedo acorremos en esta vuestra gran aventura y cuita, pues en nada se menoscaba el fuero de la andante caballería. Tomád estos cinco que la fama imperecedera pregoná por los ámbitos del mundo, y palpád y convenceos; porque lo to-

cante á esas funciones que su señoría ha mencionado la verdad es que no se me acuerda como conviene.

—Ni á mi; dijo encogiendo los hombros el buen Sancho.

—Pues en toda tierra por muerto y enterrado pasáis, repuse yo; con el bien entendido de ser *foloncico de tate, tate*, el que os resucite.

—¡Bah! exclamó Don Quijote: *Post tenebras spero lucem*, dicen juntos los volúmenes todos de mi historia; y esta mi nueva vida no es mas sino que se ha cumplido el plazo de Barcelona.

—Por ahora esa y luego otra, dijo Sancho; sobre que á Torralba llevaron en volandas caballero en una caña, y sobre ello morena.

—¿Qué murmuras? Sanchuelo, preguntó Don Quijote.

—Digo, contestó Sancho, que todavía vivimos tan sanotes y teretes, y lo del *tate tate* solo va con folloncicos.

—Señor Caballero, añadió Don Quijote: muérense del todo las gentes que en blanco se dejaron el libro de sus hazañas; muérense el ignorante, el descreído y envidioso; mas no cadáveres sino inmortales son aquellos que pasaron en magnanimidad su existencia toda, con lo que doy por asentada la Orden de la Caballería. Y no hay mas llegar á ello y punto aparte.

Y quisiera yo saber que fuera el mundo sin héroes, y que fueran los héroes con la muerte. Cuanto mas, que basta y sobra leer cualquiera historia de andantes caballeros para darse á entender que todo con ellos pasa por via de encantamento; lo cual puede probarse con simples nociones de la aritmética; digo, con sumar, y no mas. los tropiezos, trabajos, golpes, tajos, reveses, cuchilladas, y aún pasagonzalos que sobrellevaron, los cuales ciertamente no hay hombre que pueda resistir á secas. Y quédeseste aquí, porque si para mi vida fuese necesario romper la valla y los hierros de la muerte misma, ese paso no se ha de dar sino que ya está dado, y de que es inmortal Don Quijote de la Mancha darán fé y testimonio ver-

dadereo todos aquellos á quienes quisieren preguntarlo.

—¿Y quièn es el tan curioso? preguntó Sancho.

—Yo, respondí, soy el Bachiller Avellanado, muy servidor de sus señorías.

—¿Bachiller? dijo Don Quijote; ¿y por dónde bueno?

—Por Toledo, contesté, haciendo una profunda reverencia.

—Nueva universidad es esa, repuso Don Quijote; y que no hay duda en que su señoría será bachillerísimo consumado, y que me place. En lo de Avellanado saca la cara por vos vuestra persona toda, avellana la por sus cuatro costados; en términos que podeis apostaros con cualquiera, y aún darle dos avellanas de ventaja.

—Así Dios no me saque el ánimo de pecado como quedamos medrados en lo que toca á su Señoría, dijo Sancho; pero; ¿y no podrá decir el señor Bachiller en donde estamos?

—Ni lo sospecho, amigo, contesté terminantemente.

—Mal me encontraba ayer, repuso Sancho; pero hoy me viatican. ¡Y como es valiente ser bachillerado toledano!

—Qué tendrán que ver bachilleres con encantamientos! exclamó D. Quijote.

—Dios sabe la verdad de todo, replicó Sancho; y él haga la salida de esta aventura como la entrada.

Y comenzó á caminar pasicorto Rocinante como quien sale á nueva luz con cuanta pesadumbre y congoja pueden imaginarse; sin que conste cosa alguna tocante al rucio, por ser sabido que nunca tuvieron circunstancias las gentes de baja categoría, pues nunca cuentan de ellas cuando se acuestan ni cuando se levantan, ni si duermen la noche en un solo sueño ó en dos, ni si gustan mas de aquello que de lo otro, punticos propios y precisos del compás de los hombres altos y señalados, á los cuales mas la lisonja que el efecto mide y rebusca las acciones y menudencias de la vida á toda hora.

Con la conversacion distraidos anduvieron los caminantes gran cinta de camino cuesta arriba; y ya se oscurecian las blancas luces y contornos del encantado palacio y las cosas iban tomando alguna semejanza con las que sobre la tierra se ven, cuando relinchó Rocinante y el rucio por amistad é imitacion dió al viento su desafinada y cuadrúpeda voz, lo cual tuvo Don Quijote por buen agüero; Sancho iba sintiendo en su estómago debilidad y necesidad de alimento su amo; señales fijas de que iban acercándose á la superficie de este globo. Y se disponia el escudero á requerir la alforja por ver si en ella habia de los pasados tiempos quedado alguna cosa cuando de un escondrijo lóbrego y rematadamente húmedo con grave paso, añoso continente, luenga barba, talar pardo y blanquísima melena salió un anciano sugeto apoyándose en un grueso cayado de nudosa encina.

—Aventura tenemos, Sancho, dijo Don Quijote.

—Pásese adelante su merced, advirtió Sancho, como quien nada ha visto, y dará prueba de prudente.

Don Quijote al divisar los pequeños, blancos y hundidos ojos del anciano previno sus armas y se aseguró en la silla; Sancho, como tan experimentado en los pesarosos y apesadumbrados trances de la caballería, detuvo el paso al jumento para esperar lo mas lejos posible las resultas del trance que prevía, pues por motivo alguno no pensaba introducirse en la contienda, pero todo lo remedió la honda y pausada voz del viejo que conmovida dijo.

—No haya en vuesa merced, señor Don Quijote, duda ni zozobra sino alegría y contento: cumplido se ha el compromiso contraído con el de la Blanca Luna y reclama ya el tiempo la presencia de vuestra señoría en el actual mundo.

—Dábamelo el corazon, dijo envainando la espada Don Quijote.

—Ni recibo ni doy, ni entro ni salgo, interrumpió Sancho; de mis viñas vengo, no se nada.

—Aquí están ya, exclamó el anciano, gracias al benigno Cielo, el poder del sentimiento y el valor del heroísmo contra el positivismo miserable. ¡Así los generosos y potentes hados favorezcan y premien tus hazañas como es árdua y benéfica tu empresa, ó invicto caballero de la Mancha! Y antes que lo olvide, notád bien como ha durado vuestro sueño trescientos años.

—Santa María y gran pecador soy yo á Dios, exclamó Sancho, y qué es lo que está diciéndo este carcomido!

—Ahora te digo, Sanchuelo, dijo D. Quijote, que me ronlan y acometen las mas y mayores ganas que jamás tuve de ser caballero á solas ó sin escudero. ¡Si que no hay mas sino pensar de la perínclita órden que profeso como se dice y piensa de toda cosa! Quitá á la Caballería toda esta salsa y cuenta que se fué toda por esos suelos.

—¡Pues atájenme esas borregas! continuó Sancho. Y esta sí que se deja atrás la de Montesinos!

—Confiesa, Sancho, prosiguió Don Quijote, que esta aventura es sobre todas las conocidas profunda é imponente, y que se sube y pasea sobre todas las historias conocidas.

—Déjeme estar su merced, por Dios del cielo, contestó Sancho, que esto se encarama y monta sobre lo hasta hoy entendido y oído, ni hay quien pueda llevarlo en su paciencia.

—Ahora mientes que no se te puede sufrir, contestó D. Quijote. ¿Pues qué son, ni qué pueden valer, bien considerados, esos tres siglillos de nuestro sueño, tratándose de la Orden de la Caballería? Así que el llamar yo tu atencion sobre este punto fué solo por lo que toca ó atañe á los presentes dias en que todo habrá ya dado, ó mucho me equivoco, en necio, prosáico y enteco; pero elévate, Sancho, á los siglos de oro, digo á los propios clásicos de los andantes caballeros y verás que te quejas de solo vicio.

Caballero hubo que se durmió como un mil de años y á nadie hasta ahora ha ocurrido incomodarse por cosa tan poca. Sin ir mas allá, ahí tienes á la mano los Siete durmientes. ¡Y qué! ¿piensas tú que aquellos gigantazos que de un paso solo trasponian los montes se contuvieron y retuvieron dentro de los comunes y escasos límites de la vida humana? Pues claro es que la duracion de esta sola no bastará á criarles una pierna siquiera de sus cuerpos cuanto menos su estatura y marca extraordinarias.

¿Y qué diremos de la existencia de aquellos caballeros que llegaron á burlarse de la misma muerte? ¿que sin mas médicos ni letuarios que la simple saliva de sus bocas juntaban, encolaban y componian sus cuerpos divididos en dos partes por un cierto revés de algun mandoble? Por todo lo cual, y mucho mas que callo, juzgo y declaro está digresion imper-

tinente é innecesaria, y que debe proseguir su relato el buen anciano.

—Compusímosla tal que se hizo pedazos, murmuró Sancho, y que se nos va mi amo.

—Yo, señores míos, prosiguió el de la barba blanca, soy el venerable Atapuerca, genio tutelar de esta caverna renombrada; porque es de saberse que no hay maravilla alguna de la naturaleza sin su guardian deparado por los hados. Yo obtuve en el reparto general el cuidado de esta inmensa gruta, que es, y nada menos, la mansion de todos los héroes.

—¡Si lo barruntaba bien yo, Sancho! exclamó D. Quijote. Ya ves, hijo, donde has estado.

—Donde estoy es en mis trece, interrumpió Sancho. Y podrá decirme su merced el señor Carapuerca, ¿qué gloria ó qué calabaza es la que á esos caballeros héroes pertenece? porque antes me pareció este un limbo sin gloria ni pena.

—Mil escuderos, respondió Atapuerca, les lavan las caras continuamente.

—Para mi santiguada, exclamó Sancho, y qué satisfechas estarán las sus mercedes con lavacaras!

—Emperadoras son del orbe lavaduras tales, interrumpió Atapuerca, que heróinas deshicieron y derrumbaron tronos, y doctos y rectos hombres dominaron. Varones que á grandes hechos dieron cima son inmortales; mas si solo supieron obrar por vanagloria no consiguen mas cielo que este templo; todo lo terrenal posa en la tierra, y aquí queda por siempre jamás estático.

—¡Entonces, señor Atapuerca....! exclamó pálido Don Quijote.

—Entonces, prosiguió el anciano, salir debeis de Atapuerca.

—¡Ya! dijo gravemente Don Quijote.

—Si que todos tenemos por donde nos tienta el diablo, que no duerme, interrumpió Sancho, y de menos nos hizo Dios, y donde menos se piensa.... cuanto mas que muchas horas tiene un día, y si cojes la cerilla y te pones á buscar sabe Dios lo que has de hallar, y peor es meneallo.

—Digo que no me remuerde la conciencia, replicó Don Quijote.

—Háilas que dan de sí como cordobán, repuso Sancho.

Lumbre se volvió el rostro de Don Quijote; pero el venerable Atapuerca dijo:

—Todos somos hombres, y sino ved y escuchád: Aquel grupo de héroes, que al lejos aparece, es el de los sábios de la Grecia, y el primero en el

orden en que forman es Licurgo, el gran realizador de la igualdad de todos los hombres. Ese caballero fué quien enmendó la plana á la misma Justicia, pues consistiendo verdaderamente esta virtud en dar á cada uno su derecho, el señor griego sancionó que se debe dar lo mismo á todos.

—A trompo y talega, dicen en mi pueblo, interrumpió Sancho. Y ese señor Licurgo debe tener prevenidas tijeras con que corte y talle las estaturas y facultades de los hombres todos por el patron del mas chiquito por no poder ser de otra manera. Y así es seguro ganar el de los pequeños, rebajadas que sean las estaturas de los grandes.

—Aquí permanecerá ese héroe, dijo Atapuerca, por los siglos de los siglos.

—Amen, contestó Sancho; y veo que se os entró por aquí mucha morralla.

—El eminentísimo Platon, prosiguió Atapuerca, es aquel caballero que ven vuesas mercedes enredado en el ramage de aquel apartado bosquecillo.

—Es de mi profesion, dijo Don Quijote, y respetable harto, al menos por la novedad de sus hazañas; pues siendo lo natural y usado que el hombre se examine y conozca para saber como debe ser gobernado, este buen andante propuso por fundamento de su sistema un gobierno al cual hayan de ser ajustados todos los hombres sin otras leyes que las del sentimiento.

—¿Este se quedará tambien en Carapuerca? preguntó Sancho al anciano.

—Por siempre jamás, dijo el viejo, con toda aquella tropa de desmandados discípulos, muchos de los cuales sostienen y sustentan que todo es de todos y nada es de nadie, pero con la formalidad de la mas sana ciencia y arte.

—Espéreme un tantico el señor Atapuerca, dijo Don Quijote, que estas cosas de caballerías á mi tocan y atañen, y todos y cada uno de ellos son conmigo en singular batalla. Y espérenme que vuelvo.

—No hará tal el señor Don Quijote, dijo Atapuerca, por ser ley de caballería que el buen andante pelée y se las haya solo con caballeros.

—Verdad es esa ley, contestó Don Quijote, y así proseguir puede su señoría en su relato.

—No es necesario para este caso; y por lo tanto no hablare á sus mercedes de aquel caballero que tengo allí

en observacion por saber si ha perdido ó no los cascos, ó si obra por interés, y se llama el Doctor Baratija. Lo último tengo por mas seguro.

—¿Y en que se ocupa el Doctor? interrogó Don Quijote.

—En compaginar, desembrollar y descubrir, dijo el viejo, como la esencia es una, aunque está unida á la esencialidad de las cosas; y como la esencia pueda estar en la esencialidad sin que ésta esté en aquella, y otras cosas de este jaéz, incluso el yo y no yo y el no yo y si tu.

—Maese Pedro, ó Ginesillo Pasamonte, dijo Sancho, es quien entiende estos retablos, y así no hay sino mandárselos sin mas tardanza.

Solo, pues, vuesa merced, es el destinado á salir de estas mansiones, en las cuales ha permanecido por espacio de tres siglos al solo efecto de que en el mundo le conozcan, que tal es el espacio de tiempo necesario para que vea la luz un infinito número de necios.

Y habiendo proseguido su camino por largo trecho llegaron los viandantes á un pequeño y lóbrego recinto alumbrado por la verde luz de una lámpara de barro que asida á la roca de la bóveda de piedra trémula pendía. Aquella es eterna llama que toma de la atmósfera por sí sola el aliento ó la vida que necesita, y así, en tanto que haya ambiente ha de arder por sí sola inextinguible. Una mesa de mármol en el centro de la concavidad se advertía, sobre la cual habia diferentes frutas naturales y una ánfora que contenía nectar mas que agua cristalino. Las rudas y sordas paredes revestían los musgos y los líquenes.

Sancho se hacía todo ojos y Don Quijote admiraciones; mas siendo como lo es sabida cosa, que, si las dejan á su arbitrio y libertad, antes se atreven á todo la gula y la ignorancia que la templanza y la sabiduría, Sancho fué el primero en hablar y lo hizo de esta manera.

—Verdad es, señores míos, que encierra grandes cosas el seno de la tierra y oscuras maravillas, pero sobre todo abundantes frutos, que es lo que al caso hace y conviene, pues lo mismo al asno que al docto los piés llevan tripas, y no hay pasar sin estos adminículos, bien sean los hombres reyes ó labriegos. Y apéese su merced el señor Don Quijote de Rocinante y acérquese el silencioso señor Bachiller y vengamos al este gran banquete que muestra, prueba y significa

la magnificencia y excelitud del señor Carapuerca.

Y diciendo y haciendo, comenzó á mascar á dos carrillos con espantable prisa y á vaciar el gran seno del ánfora, digo lo que en aquel seno se contenía, mientras D. Quijote, ya pié en tierra, hablaba de esta suerte:

—¡Gracias os sean dadas, ó poderosos cielos, por haber nuevamente abierto mis ojos á la luz de la vida! Yo, señor Atapuerca, soy el destinado y escogido por la fuerza y rigor del hado misterioso á podar del árbol de los tiempos toda rama seca ó infructífera y á dirigir las convenientes y necesarias á fin de conseguir ópimo fruto; yo he de restablecer el equilibrio de la esencial balanza en que torpe y á escondidas la astuta liviandad pone la mano; la cual, si bien juzgásteis, tendreis por causadora de todos males. Yo he de llevar la paz á la cabeza como á los corazones de los hombres; y su alegría devolveré á la primavera, fruto sazonado al otoño y al invierno la sublime poesia. Yo encenderé á la virtud su esplendente aureola y mostraré cuán fútiles y falsas son la ambicion y la sordida codicia. Y pondré de manifesto como la felicidad habita los paternos y benignos campos mejor que los palacios del cortesano lujo; como es mas amable y plácido el balido de la oveja que el báquico desorden de la orgía; como las puras galas naturales son mas fáciles y bellas que las que inventa y finge miserable la vanidad costosa é impotente. Y como para todo ésto, y mucho mas que siento y callo, ha sido, es y será necesaria y precisa la entre todas nobilísima orden de la Andante Caballería, enderezadora de entuertos, desfacedora de agravios, defensora de doncellas y viudas menesterosas y terror de follones y malandriner.

Atento, atónito y admirado, toda la boca abierta y sin pestañar estuvo escuchando Sancho la plática de su amo; terminada la cual, dijo:

—Aquí tiene vuestra profundidad y senectud, Señor Carapuerca, á este mi amo, que es el mas hondo Merlín y el mas intrincado teólogo que habrá oído su merced en toda su lengua vida. Y si no, vayan tomando el pulso una á una todas sus razones que decir acaba, que de tan altas no he alcanzado ninguna, como sucede á toda la gente que se da por entendida. Mas con todo eso, todavia se me advierte que el discurso ha debido ser sapientísimo, pues siempre debe alabarse lo

que no se entiende, sobre todo si lleva farándula y boato. ¡Cuerpo de tal, y qué palabronas y comparanza! ¡pésia mí, si el cura de mi aldea hizo jamás sermon de tal provecho!

—Es antiguo en mí, respondió Atapuerca, el conocimiento de las raras cuanto elevadas prendas del señor Don Quijote.

Hizo una profunda reverencia el caballero, y continuó el de la blanca barba:

—Decia, señores, que vine de la nada al ser con la montaña, cuyo recóndito vientre hora habitamos, y que ha durar el hilo de mi vida tanto como esta concavidad sobre la tierra. Y antes de aquel terrorífico acontecimiento del universal Diluvio era toda esta vasta region espesísima selva de robles y encinares, cabellera y opulento trage de aquel orbe que ni podreis imaginar aunque lo quisiérais. Mas, tronó la cólera de Dios sobre la tierra, y al retemblar en sus flotantes ejes la esfera estremecida, las ondas de los mares, extralimitando las márgenes pruscritas, anegaron al mundo, y este contorno lívido exhaló y envió al Cielo quejas y ayes tristísimos.

Era toda esta region de dócil tierra sobre la que se asentaban y extendían enormes moles de peñasco, á veces de profundidad incalculable, y la pesadumbre de las voraces aguas, no menos que el convulso y desesperado estertor del expirante orbe hundieron los cimientos de la roca dejando entre ella y el profundo suelo la negra fauce y garganta misteriosa por donde es posible llegarse hasta estos lares; si lo permite el hado.

Desde entonces ha retumbado en estas solitarias, inmóviles concavidades el eco de los acontecimientos todos de la tierra. Yo he oído aquí la voz de Thobel que clavaba en el Perú la enseña de su Iberia al concierto y al son de sus hazañas; he soportado la huella del Celta hijo de Thyraz, la del sensual y áspero fenicio, del griego intelectual, del político romano. Pues los pasos de Tharsis se oían aquí distintamente. Y he escuchado los atambores y añafles del salvaje agareno, y los sonos dolientes de su mórbida armonía. El nombre de Pelayo mil veces hizo temblar de pátrio amor los antros de Atapuerca, como tembló de asombro cuando la gran ciudad del itálico suelo, demolidos sus ligústicos cimientos, se derrumbó al abismo, al hedor de sus crímenes letales. La quietud del cadáver de los ignorantes siglos, el golpe mas que

mágico de Pedro el eremita, el mundo de Colon podrán contaros cualesquiera de las menudas piedrezuelas de este estático recinto, que á los hombres y á los imperios altivas desafían.

—Eso será, exclamó Don Quijote, mas que medianamente montado en cólera, siempre que no se trate de andantes caballeros; pues sobrado se le alcanza al señor Atapuerca que sobre ellos jamás tuvo la ira de los tiempos fuero alguno; y sobre la facilidad, que siempre hubo á la mano cualquiera andante de trasportarse instantáneamente de un cabo á otro de la tierra, y á los senos del agua y de la atmósfera, y aun á los del mismo sol y las estrellas, aun le quedó libre el arbitrio de trocarse en esfinge y en endriago, y de petrificarse, si le viniera en gana.

—Es así la puntual verdad, contestó el anciano; que para la valía y trazas de los caballeros de aventuras vale el tanto Atapuerca como una higa.

—Una vez restablecido el compás sobre este asunto, puede el venerable continuar como quisiere, dijo Don Quijote.

—Y, por ventura, preguntó Sancho, ¿no se halla en todo este palacón mi señora Dulcinea del Toboso? señor Carapuerca.

—Díge, respondió el viejo, que esta es mansion de héroes, que no de tobosas.

—Y yo digo, gritó Don Quijote como un energúmeno, que vos sois un don bellacón, don malandrín y don sin crianza, y agora lo veredes.

Y diciendo y haciendo, asió de su lanzón y arremetió como furia contra el viejo; el cual con un golpe de mano abrió un seno de la gruta, con lo que gran parte de ella se vino al suelo, con horrísono estruendo. Y un viento, cual jamás se conoció sobre la haz de la tierra, se desencadenó por la hendidura, á cuyo espantable ímpetu y fuerza salieron á este mundo rucios, caballos, caballeros y bachilleres, así como disparados por boca de cañón cargado á metralla.

Y como se encontraron sobre la exterior pendiente de la montaña comenzaron á rodar todos la cnesta abajo. En el misterioso recinto de la caverna se vió blanquear la figura del venerable anciano, así colosal como la montaña misma, y luego desapareció absolutamente.

La distinguida caballerosidad del Director de nuestro estimado colega *La Crónica de Burgos* ha dedicado las mas amables y ligeras frases á *Figaro* y á su director,

especialmente por la continuacion del Don Quijote. No es extraño nada de esto á la hidalguía, nobleza y generosidad del entendido compañero; conocidas nos son sus buenas prendas y en prueba de ello hable *La Crónica*, el único periódico de su clase en toda la Península, amenudo copiado y aplaudido por la mas notable prensa extranjera y llamado á figurar en muy alta escala, sobre la numerosísima suscripción con que ya cuenta. Conste nuestra profunda gratitud.

Teatro; Compañía de Zarzuela dirigida por el Sr. D. Isidoro Pastor.—Campanone.—La Marsellesa.—Sueños de Oro.—El Dominó azul.—Llamada y Tro-pa.—De Madrid á Biarritz.—Pepe-Hillo.

El que no cree los milagros que vaya al Teatro, y en el verá como es posible dar una función diferente cada noche, sin descanso; traer decoraciones y artistas músicos, costear comparsas, y, lo que es mas, resistir la crítica de los optimistas, sapientísima falange que ha visitado y juzgado á los artistas todos de Europa. Cuando menos.

Figaro quiere saber lo que es la crítica, por consiguiente no es extremado. La Compañía Pastor cumple su objeto, y si algun defecto se nota no pueden llevar la culpa de él el actor, ni el cantante, ni el empresario, sino la perversión del gusto que permite al Teatro un género de obras indefinible; mezcla de conversacion de sala, y no muy escogida, y de representación dramática, de serio y bufo, de formal y chusco, de decencia y de broma, especie de gerga abigarrada, que el actor y cantantes estimables, como lo son los de la Compañía de Sr. Pastor, dicen y declaman bajo la responsabilidad de los públicos que protegen y aplauden estas cosas.

Y con todo, ¡porque se vea cuanto vale esta admirable nación, paraíso del mundo! todavía destaca y se levanta sobre ese género de obras calaveras ese genio español, ese donaire, esa ocurrencia, esa inimitable gracia, esa sal del mediodía que por sí sola abate y confunde las obras de los extranjeros países que llamamos civilizados.

En las obras serias, todos trabajan de corazón, y la Señora Castañón se distingue por su entonación y su voz, causando siempre con el conjunto buenos y llenos finales, muy agradables efectos y cuadros animados. Notará el público que no hemos llevado el lápiz á la butaca para ir apuntando los detalles menudos y la filigrana que ocurre durante la representación en la orquesta y en la escena; este encargo hemos dejado á los repartidores de nuestra redacción.

Las obras de *vis cómica* desempeña muy bien el Sr. Pastor, como desempeñaría un papel de gracioso de las obras de Moreto. Lo mismo. Porque lo sabe hacer. Los papeles restantes no desmerecen, y algunos hay bien dignos de mención. El Sr. Taberner digno de aplauso.

Desengáñese el público para siempre; el teatro es el espejo de sus épocas, y quien quiere el fin quiere los medios sin contemplaciones. El público que ansia una compañía ejemplar, ese público, si ha de ser justo, necesita el el primero respetar el Teatro; porque el público está obrando ni mas ni menos, como los autores. El se ha abigarrado como la escena. El ha hecho del Teatro un comercio de géneros; él ha arrendado la sala de descanso; él ha alquilado las habitaciones del templo del Arte. Esta es la verdad. Cumpla cada uno su deber; enséchese al doble la localidad para que sea solo Teatro; engrandezcase ese pequeño recinto y de este modo por un precio económico podrá sostenerse una Compañía sin las pérdidas acostumbradas.

El siglo no admite medio en las obras del genio; el siglo que todo lo quiere ser y de todo quiere, como es natural, participar, ha menester grandes locales, muy grandes, y precios reducidos, posibles en tal caso. En nuestro dictamen, un empresario es hoy un Hércules. Y prosiga en su excelente intención la Compañía que hay quien sabe estimar los esfuerzos y sacrificios.

Imp. de la viuda de Villanueva.